

PROBLEMAS

DE AQUI

Y

DE HOY

Ayudado por las observaciones hechas en los dos primeros artículos (SIC, números 288 y 289), y orientado por las conclusiones sacadas en el tercero (SIC, número 293), no quisiera caer ahora en la tentación de dar directrices y planificar el trabajo que otros tendrían que cumplir, sino más bien comparar algo de la realidad vislumbrada con la coyuntura local; más que responder, plantear problemas.

Para evitar toda equivocación me parece útil hacer hincapié en el hecho de que comparamos dos realidades ya en movimiento, con su dinamismo propio, y no una realidad europea bien activa, y una realidad latina, todavía por nacer. No se trata de presentar la realidad europea como algo ideal para copiar religiosamente. Se trata de asimilar lo auténtico y permanente, no de copiar nada ni imitar a nadie.

La vocación de intelectual católico

Nos parece lógico aislar, como primera orientación, el principio de que sí existe la vocación (la tarea) de intelectual católico laico, y de que ésta tiene un carácter propio.

En nuestros ambientes no hay nadie que se atreva a llamarse intelectual, por temor a cierta presunción. Caso curioso, en Francia, según Guitton, es todo lo contrario. "A mí no me gusta esa palabra de intelectual, que me parece demasiado modesta y con modestia de baja estofa...". Pero sigue: "La palabra está ahí y hay que aceptarla" (*La Iglesia y la libertad*, p. 72). Y Bernanos escribía: "El intelectual es tantas veces un imbécil que deberíamos siempre considerarlo como tal, hasta que nos haya comprobado lo contrario" (*Le chrétien Bernanos*, p. 323).

Cuando el público venezolano haya entendido que el intelectual no es más inteligente que el obrero, y además que el intelectual católico no es, en cuanto tal, más religioso ni mejor cristiano que el militante o cualquier otro cristiano, no habrá dificultad de reconocer la existencia específica de esta especie de hombres en la sociedad.

La otra acusación nos parece mucho más seria: el intelectual católico laico sería un ser inútil en nuestro medio. Podríamos decir, con lo dicho en la primera parte de nuestro estudio, que ya la hemos contestado: lo que los laicos han aportado a otros países (donde no faltaban en absoluto los intelectuales sacerdotes), lo que pueden aportar aquí, y no sería de menor necesidad.

Pero preferimos darle más altura al debate y en-

cuadrar el papel de laico intelectual dentro de la evolución de la religión en nuestro país.

Para un cristiano, "la vida contemplativa es esencial a la Iglesia", y donde falla no se ofrece la cara completa de la Iglesia. Pero el hecho de que haya aquí o allá algunos monjes contemplativos no dispensa a cada cristiano de dar a la meditación una cierta porción de su tiempo y preocupación.

A un nivel inferior podemos decir que también la vida intelectual es, no en sí misma quizás, sino en la práctica, esencial a la Iglesia, y donde falla no se ofrece una base segura al florecimiento del catolicismo en un ambiente dado. Y que haya aquí o allá uno que otro sacerdote teólogo y escritor no dispensa a cada cristiano, y muy particularmente al intelectual, el dar a la reflexión, al estudio, una cierta porción de su tiempo y de su preocupación.

Al no encontrar estos cristianos cabalmente formados, ni intelectuales católicos en número suficiente para hacer fermentar la masa, el catolicismo reinante se queda precisamente en "un catolicismo de masa", esto es, "un catolicismo no diferenciado" del cual no surgen bastantes jefes, militantes, santos o sencillamente hombres capaces de pensar los destinos de la Iglesia, en su encarnación aquí y ahora.

Los intelectuales católicos laicos de América Latina pueden apropiarse una buena disculpa que les prepara un ensayista francés. Dice él: "La América Latina, hay que reconocerlo, no ha producido, hasta ahora, verdaderos teólogos ni verdaderos filósofos." (I.C.I. 15-9-62). Dejando toda la responsabilidad al autor de su grave afirmación, podemos sacar una conclusión práctica de tan alarmante situación, y es esta: que los laicos, bien formados y en constante progreso, tomen como parte de su vocación una buena parte de la reflexión religiosa. La falta de sacerdotes, que se hará sentir muchos años aún, se presenta como un reto a los laicos que quieren a la Iglesia y están dispuestos a trabajar por ella.

Para el trabajo de extensión de la Iglesia a corto plazo hay cada vez más laicos bien preparados y entregados a un apostolado auténtico. Para el trabajo de extensión a largo plazo, de profundización y de adaptación de la Iglesia, característico de los intelectuales, hacen mucha falta los obreros calificados.

Intelectuales católicos que saben, los hay, pero, desgraciadamente, producen poco, si es que publican. Quizás seamos, muchos de nosotros, capitalistas del tiempo y de la cultura y, peor todavía, capitalistas de las riquezas recibidas de nuestra fe.

Una religión, inspiración de toda la vida

Después de justificar el papel específico de intelectual católico laico es preciso destacar bien lo que puede hacer su fuerza y su dinamismo.

La fuerza del testimonio de los intelectuales europeos se debe, en parte, a su talento natural, incluso a su genio a veces; como en el caso de Claudel, Maritain y otros, pero se debe principalmente a que presentan la religión como una vivencia, una levadura, una doctrina de vida la cual conocen debidamente, al mismo tiempo que inquieran sus exigencias. La religión no es un artículo bien guardado que se saca de vez en cuando para lucir en una procesión; es inspiración de toda

la vida. En la literatura escrita por aquellos intelectuales, como lo nota acertadamente Daniel-Rops, "los temas mismos de su inspiración son datos propiamente teológicos". (*Un combat pour Dieu*, p. 750).

Ahora, cabe preguntarnos, si en América Latina, la poca irradiación de los intelectuales católicos ¿no se deberá a que su religión, tal vez fervorosa, no se transforma en inspiración de vida? Lo jurídico priva sobre lo vital. Lo "decorativamente cristiano" se confunde con lo "auténticamente cristiano" (distinción de J. Maritain). Los intelectuales llegan a decir —sin sospechar nada de su contradicción flagrante— que son "católicos de corazón, pero agnósticos de pensamiento". Este desconocimiento de lo auténticamente cristiano es causa de que, pensando respetar la religión, se respetan cuadros apolillados; tratando de realizar las "tradiciones de nuestro pueblo", se fomenta "el gusto por lo insípido". Un cristianismo sin tensión espiritual no puede animar una obra con irradiación católica. El Padre Carmelo Vilda, S. J., preguntándose "por qué no hay novela religiosa en Venezuela", (*SIC*, N° 267, 1964, p. 330), opina que entre varios motivos se debe a "la ignorancia religiosa de los intelectuales".

Incluso en los intelectuales que no entran en la categoría de ignorantes de su religión se observa generalmente una repulsión a someterla a toda forma de "crítica" o de cambio. Hablarán o escribirán sobre temas religiosos, según esquemas escolares, estereotipados, con una preocupación evidente de respetar la más estricta ortodoxia, pero donde no hay cabida para las vibraciones personales. La mediocridad del pensamiento religioso en hombres que, en todo lo demás, no son nada mediocres, impide la creación de obras valederas.

La fuerza del grupo

Más de una vez hemos dicho de paso que los intelectuales católicos laicos se formaron y trabajaron —por regla general— en pequeños grupos donde había un afán de profundizar la fe mediante el contacto con una doctrina densa, comprometidos al mismo tiempo en la búsqueda de una fraternización que sólo puede dar una pequeña comunidad. Ya conocemos los grupos animados por los Maritain; F. Mauriac, durante un período de su vida, andaba alrededor de ciertos "ceñáculos"; se conoce también el grupo de los artistas con Maurice Denis (Daniel-Rops, *Un combat pour Dieu*, p. 764-765). Y funcionaban muchísimos otros más. Por encima de los grupos reducidos se constituyeron las grandes organizaciones, como la de los escritores católicos, que se convirtió luego en las *Semanas de los Intelectuales católicos*, organizadas por un centro permanente.

Puede haber otros cambios que lleven a América Latina a la formación de numerosos intelectuales católicos, pero habría que comprobarlo.

En "*La ciencia de la cultura*" Eugenio d'Ors dio a conocer la teoría de Agustín Cochín según la cual la historia no la hacen los "héroes", ni las masas, sino las "*sociedades de pensamiento*". Los grandes cambios, las rupturas revolucionarias, se originan de fuerzas captadas y dirigidas por minorías pensantes y conscientes. Por otra parte, los intelectuales aislados no soportan mucho tiempo la indiferencia pública, este silencio tan desalentador que rodea a veces escritores

o periodistas. Los intelectuales necesitan más que otros la comunicación, el diálogo, que da consistencia a sus ideas y que los protege contra el divorcio de la realidad en la cual se mueven. Reconozcamos, para ser realistas, que la formación y mantenimiento de tales grupos representan una empresa generalmente más delicada que la de un grupo dedicado a promover reuniones sociales o actividades deportivas. Pero quizás sea una cuestión de vida o muerte para el porvenir de la promoción de una inteligencia católica en un medio donde hay pocas escuelas católicas superiores.

El intelectual en la sociedad

Después de reivindicar con energía el valor del trabajo intelectual, tenemos que suavizar nuestras afirmaciones con otras consideraciones igualmente necesarias. Después de definirse bien a sí mismo, el intelectual debe situarse frente a los otros. Y aquí su gran descubrimiento es el de no ser necesario. La evolución de J. P. Sartre puede ayudarnos a precisar nuestro pensamiento. En la época de la composición de "¿Qué es la literatura?", Sartre, por necesidad de justificarse y justificar su trabajo, afirmaba el carácter absoluto de la literatura. "Si la literatura no es todo, no es nada." Pero sus compromisos cada vez más exigentes con la política le hicieron caer en la cuenta de que la literatura no podía reemplazar otras actividades más productivas y más efectivas para la buena marcha de la sociedad.

La evolución de Sartre, como se sabe, viene de su contacto con el comunismo, y de ahí tomamos la clave de su interpretación. Pero, dejando aparte el encuadre comunista de tal experiencia, nos quedamos con observaciones sugestivas que mueven a reflexionar. Ante todo, el intelectual debe despojarse de su corona y romper su trono. Podemos y debemos cantar las alabanzas del pensamiento y de las ideas, y no flirtear con cualquier forma disfrazada de materialismo, pero no podemos olvidar que el hombre no es puro pensamiento, ¡él es acción también! El cristiano es quien tiene menos dificultad en reconocerlo, ya que admite la superioridad de la caridad, del amor, sobre la fe. Cuando se trata del servicio efectivo de su país y de la Iglesia, el hombre de acción puede dar más que el intelectual. Además, nadie discute que la santidad auténtica hace más falta a la Iglesia que la intelectualidad, aunque una puede acompañar bien a la otra.

Otra conclusión que se puede sacar de las observaciones anteriores es que el intelectual preocupado, no de su fama, sino del bien común, y sabiendo que no es un "pequeño ídolo" en busca de adoradores, pensará con cuidado en la jerarquía de importancia de los trabajos que puede realizar. Y en los trabajos escogidos, pensar en las repercusiones que pueden tener tal o cual tema de acuerdo a la forma como se trata. Por ejemplo, un manifiesto lanzado en el momento oportuno puede traer a su autor más amargura que laureles, pero puede tener más repercusión que una poesía escrita sobre el mismo tema. O al revés, una poesía que evoca un problema social agudo, o una angustia apremiante ante el misterio humano, puede alcanzar resultados mayores que un largo ensayo sobre el mismo tema. Lo importante es medir bien, por una parte, la grandeza, y por otra, los límites de toda pro-

ducción intelectual e incluirla bien en la vocación más importante aún de cristiano y de testigo de Cristo.

Zonas de emergencia

Nuestra última pregunta, a la cual daremos sólo elementos para responder y no la respuesta, versará acerca de algunas zonas que parecen llamar más urgentemente la atención de los intelectuales católicos laicos.

Quizás, una de las tareas más urgentes y más ingratas sea la de auto-crítica; esta auto-crítica de la cual la jerarquía de la Iglesia dio un ejemplo tan humilde en el Concilio. Auto-crítica de nuestra manera de vivir nuestro cristianismo: una especie de cristianismo sin opciones, un cristianismo que acepta conformarse con algunas prácticas exteriores, sin renunciar a nada de lo que ofrece el mundo más decadente; auto-crítica de este cristiano que quiere ganar dividendos sobre todos los planos: el de Dios, de la Iglesia, pero también en el dinero, de la mundanidad y del egoísmo.

Auto-crítica de todo cristianismo de pura palabrería. Un solo ejemplo explicará más que muchas líneas: una propaganda de la televisión dice algo así: "después del Carnaval viene la Semana Santa; ¡señora, piense en el traje de baño que lucirá en esta oportunidad!"

Crítica hecha desde dentro y por católicos de las instituciones consideradas como cristianas. Trabajo difícilísimo y a veces ingrato, pero imprescindible. Ejemplo: la concepción de la educación cristiana. Cuando la intervención de los intelectuales católicos viene a ser siempre a favor de la perpetuación del orden (!) establecido, se vuelve sospechosa.

Acerca del problema social, todos lo saben, se necesita la labor de los intelectuales, pero con una condición: que se haga sin perder contacto —o, mejor dicho, buscando más—, contacto con el pueblo. El intelectual desempeña generalmente un papel deslucido en las obras sociales, y bien, no se le pide renunciar a su personalidad, pero, como intelectual, capacitado o no, no se le perdonará el no tener contactos reiterados con el alma popular.

La socialización de la cultura se clasifica también en un buen puesto en la lista de las tareas que esperan al intelectual católico.

Unido a la auto-crítica, va necesariamente y principalmente un tremendo esfuerzo de imaginación y de iniciativa para darse las instituciones nuevas y necesarias, adaptadas a un mundo en vías de cambios cada vez más rápidos. El intelectual católico, incluso en sus críticas, no es un destructor y no se queda en la crítica. No basta con plantear bien los problemas, hay que proponer soluciones. Lo que le interesa es aportar algo a la edificación del mundo y que este "algo" sea cristiano. Construir, edificar.

Así, pues, arribamos a la conclusión de que ni aquí ni en otras partes puede darse una misión intelectual católica sin una gran efusión de amor a los demás. El intelectual católico no quiere ser otra cosa que una lámpara más para la irradiación de la caridad de Cristo.